TRADUCIR ENSAYO. ¿«EL GRAAL» O «EL GRIAL»?

MARÍA DOLORES BURDEUS PÉREZ y
JOAN MANUEL VERDEGAL CEREZO

Universidad Jaume I, Castellón de la Plana

El título propuesto para esta comunicación pretende introducir el tema de la traducción del francés al español de un ensayo sobre literatura francesa medieval: *Le Graal* de Jean Markale, Retz-poche, 1989.

Desde la experiencia de un trabajo de traducción encomendado por una editorial y dirigido a lo que se suele llamar «gran público», presentamos a la consideración del lector algunos problemas concretos y su resolución, siguiendo a veces el intrincado itinerario de la documentación previa y simultánea al acto de traducción.

Sabido es de todos los traductores, y muy especialmente de los estudiantes de traducción, que la primera regla manda que hay que proceder a la lectura del texto base. Evidentemente, cuando dicho texto tiene una extensión de 190 páginas hay que plantearse si no resulta más adecuado simultanear la primera y obligada lectura con el propio ejercicio de la documentación. Eso no resultaría nada gravoso si tuviéramos siempre a nuestra disposición (es decir, en nuestro domicilio) enormes bancos de datos, o grandes diccionarios enciclopédicos y especializados que nos solucionaran *ipso facto* las consultas documentales, o si pudiéramos disponer a cualquier hora de un gabinete de consulta a mano: nos referimos a los tan socorridos especialistas y profesionales de uno u otro campo del saber. Pero como eso no siempre ocurre —por desgracia— el recurso a las bibliotecas universitarias resulta en muchos casos imprescindible.

En el caso que nos ocupa, si bien ha sido de gran utilidad pertenecer a la privilegiada clase de los filólogos (puesto que la traducción parecía casar con ese sustantivo), no siempre ha bastado una formación a dúo para «solucionar» (entre comillas) en el acto algunos problemas. Y son precisamente esos problemas los que queremos presentar, a modo de útil experiencia en el campo de la traducción de ensayos literarios o antropológicos.

Hemos dicho que el título original es *Le Graal*, pero ello no debe preocuparnos, puesto que sabemos que el título es lo último que se debe traducir. Nada más iniciar la traducción nos estrenamos con el término *prud'homme* (*Le héros, qui a été bien chapitré par sa mère et par le prud'homme qui l'a adoubé quant à la discrétion à observer,* p. 7). Tenemos a nuestra disposición, en un diccionario monolingüe, lo siguiente:

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. María Dolores BURDEUS PÉREZ, Joan Manuel VERDEGAL CEREZO. Tradu...
Centro Virtual Cervantes

n.m. (de preux, —de, et homme). Membre d'un tribunal électif (conseil de prud'hommes), composé paritairement de représentants des salariés et des employeurs, en vue de trancher les conflits individuels du travail.

Y también, en uno bilingüe: «Hombre bueno»/«Hombre experimentado y de buen consejo»/«Miembro de la Magistratura del Trabajo» *(Conseil de Prud'hommes)*. Es evidente que hay que investigar más. En concreto, una *Historia de la Literatura Universal* nos informa, en el apartado dedicado a las novelas del ciclo bretón, de que el término ha sido traducido tanto por «prohombre» como por «valvasor». Recurrimos a un diccionario enciclopédico, en el cual leemos:

VALVASOR, RA n. Feud. Vasallo de otro vasallo. (Sin. SUBVASALLO, VASVASSOR, VAVASSOR.). Encicl. El término valvasor, que normalmente designaba a un subvasallo, también se aplicaba a un vasallo que tenía un rango inferior; subvasallo de la corona, en la Italia del N; vasallo sólo obligado a servir con un armamento incompleto, en una parte de Francia; hombre libre obligado al servicio militar y que incluso es posible que ni siquiera fuese vasallo, en Normandía y en la Inglaterra de Guillermo el Conquistador. El territorio de los subvasallos recibió el nombre de vavassoria (parecido a la serjantaria francesa o a la *Dienstlehen* alemana). En Cataluña, según los Usatges, los vasvessores eran la última categoría de señores feudales propiamente dichos (barons o rics homes). (v. HIDALGO, HIJODALGO, INFANZÓN).

Resulta evidente que hay que optar por uno, al menos momentáneamente, y optamos por el de «prohombre», por cuanto en las instrucciones sabemos que se trata de una edición de divulgación. Investigando más a fondo, nos percatamos de que Martín de Riquer, en una edición de 1961 (*Perceval o El cuento del Grial*), prefiere «prohombre», mientras que en la traducción de Carlos Alvar, Victoria Cirlot y Antonio Rosell del *Erec et Enide* de Chrétien de Troyes (Madrid, Editorial Nacional, 1982) aparece «valvasor», y también prefiere «valvasor» Isabel de Riquer en *Chrétien de Troyes, El caballero del león* (Barcelona, El Festín de Esopo, 1985). Idéntica fluctuación —por cierto— se produce en el uso del mítico nombre de Artús/Arturo, puesto que el propio Carlos Alvar, en dos ediciones del mismo año (1980) de otras tantas traducciones conserva esa alternancia, obedeciendo quizás también a indicaciones editoriales:

— Artús, en *Demanda del Santo Graal*, Madrid, Editora Nacional, 1980.
— Arturo, en *La muerte del rey Arturo*, Madrid Alianza Editorial, 1980.

Por cierto, que en la primera de las obras consta la «tabla redonda» y en la segunda la «mesa redonda».

Pues bien, sin ningún remordimiento al respecto, nos disponemos a darle un matiz etimológico a toda la traducción, escogiendo tanto «prohombre» como «Artús»; y esta apuesta se conservará a lo largo de todo el texto meta, como intentaremos exponer a continuación.

Solucionados, pues, estos dos casos, proseguimos nuestra labor de traductores hasta topar con el caballero *Lancelot du Lac*, para el que hemos preferido «Lancelot», y en ningún caso «Lancelote» o «Lanzarote», por cuanto su castellanización se desvía demasiado de la grafía original. Hemos optado, pues, por ceñirnos a grafías más cercanas al original: al tratarse de nombres que el autor del ensayo relaciona

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. María Dolores BURDEUS PÉREZ, Joan Manuel VERDEGAL CEREZO. Tradu...
Centro Virtual Cervantes

etimológicamente con el galés, huelga aquí adaptarlos al castellano, aunque sí es conveniente adecuarlos en lo posible a nuestra fonética. Presentamos esquemáticamente algunos otros nombres de persona ateniéndonos a criterios parecidos. En la columna central constan los que se han adaptado a la ortografía española, en la de la derecha los que han quedado inmutables.

TEXTO	TRADUCCIÓN	INVARIABLES
Tristan	Tristán	Ygerne
Déirdré	Deirdré	Le Hellin[5]
Méléagant	Meleagant[1]	Enide
Trévizent	Trevizent	Yder
Maëlduin	Maelduin	Gurnemanz
Trébuchet	Trebuchet	Liase
fées Gallicènes	hadas «galicenas»[2]	Denné
Seraphè	Serafé	Robert de Boron
Brân	Bran	Lohengrin[6]
Pellès	Pelés	Edern
Josephé	Josefés (M. de Riquer) Josofes (C. Alvar)	
Mordret	Mordred (M. de Riquer) Mordrez (C. Alvar)[3]	
Élaine	Elaine	
Kaï	Kay	
Brabant	Brabante[4]	
Kyôt	Kyot	

Por otra parte (y volviendo sobre el título del ensayo), la indicación por parte de la editorial de que en la portada debía constar «El Grial», nos obligó a optar por algunas soluciones antroponímicas más acordes con la tradición hispana y acuñadas ya en nuestra lengua. Si la reina *Guénievre* había de ser inevitablemente «Ginebra», había que revisar al alza otros femeninos tanto o más respetables, como *Morgane* «Morgana», *Viviane*, «Viviana», *Melusine*, «Melusina», *Esclarmonde*, «Esclarmonda». En esa incursión revisionista de última hora no podíamos olvidar a los archiconocidos «Iseo» y «Marc» (por *Yseult et Mark*). Conseguíamos de ese modo, y sin desviarnos demasiado del texto de partida, marcar algunos femeninos sin menoscabo de virtuales lectores más entendidos en la materia.

---

[1] Haber traducido *Meleagante* hubiera supuesto continuar igualmente con *Trevizente*.

[2] Sustituir la *ll* por la *l*, además de corresponderse etimológicamente, evita confundirlas con «aves de corral».

[3] Esta fórmula nos parece demasiado atrevida y propia solamente del habla de Madrid.

[4] La vocal *-e* final se justifica aquí por ser topónimo.

[5] Haber traducido «El Hellín» o «Le Hellín» (ambos con acento) hubiera supuesto una improcedente identificación con la ciudad de Hellín, además de desviar infundadamente la etimología expresada en el propio texto con el término germánico *hell*.

[6] Sin acento, igual que *Le Hellin*.

Solucionado el problema de los nombres propios de persona, el apasionante ensayo de Jean Markale nos deparaba muchas más sorpresas, siempre gratas por cuanto suponen un reto constante en la paciente y entusiasta labor de un equipo de traducción.

Si el tema central era sobre el ciclo artúrico, no podían faltar ni espadas ni castillos. Por primera vez en la página 18 del original (aunque se repetirá hasta un total de ocho veces) aparece *l'Épée des Etranges Renges*, en mayúscula o en minúscula según las ocasiones. Tal y como nos temíamos, *renge* no estaba en el diccionario. Otro diccionario más completo tampoco incluía *renge* pero (¡la sospecha era cierta!) la sílaba nasal bien podía ser con *a* y no con *e*. Así que henos aquí ante *range*: *ceinture de guerre, pendant de baudrier ou d'épée*. El siguiente paso, a la fuerza, es acudir a la entrada *baudrier* en un diccionario bilingüe para encontrarnos con *m. Tahalí (en bandoulière)/Talabarte (ceinturon)*. Aunque a primera vista parecía solucionado, el problema se diversificaba a partir del siguiente razonamiento: ¿cómo llevarían entonces la espada? ¿En bandolera o en la cintura? He aquí el dilema. Por suerte, nuestra curiosidad nos conducía a otro diccionario enciclopédico donde escrutamos en cada una de las entradas propuestas:

> tahalí.— n.m. (ár. *tahlil*). Banda de cuero ancha que cae desde el hombro derecho hasta el lado izquierdo de la cintura y sostiene la espada, el sable o el tambor.// Por ext. Pieza de cuero que, pendiente del cinto, sostiene el machete o cuchillo bayoneta.
>
> talabarte.— n.m. (provenz. *talabart*). Arm. Cinturón que lleva pendientes los tiros de que cuelga la espada. [Con la ayuda de una ilustración al margen, descubrimos que los tiros pueden ser dobles o sencillos].

Así pues, esa extraña espada quizá lo es porque lleva unos tiros en cierto modo originales o inusuales en el ambiente caballeresco de la época que se describe. Sin embargo, encontrarse con una lectura que diga «Y el vencedor podrá ceñir la no menos misteriosa *espada de los extraños tiros*» puede resultar sospechosamente indocumentado, por lo que habrá que optar por «tahalí» o «talabarte», en singular por supuesto. La proximidad geográfica y cultural del término provenzal *talabart* nos aconsejaba en principio preferirlo, pero la frecuencia de uso de «tahalí» y su aparición igualmente en *Demanda del Santo Graal* de Carlos Alvar inclinaron la balanza a su favor, no sin antes considerar el hecho de que utilizábamos una palabra de origen árabe que no acababa de encajar en el contexto artúrico más conocido, aunque sí en la versión orientalizante de *La búsqueda del Santo Grial* de Walter Map («Tras numerosas aventuras, en el transcurso de las cuales muchos caballeros de Artús encuentran la muerte, Galaad, Perceval y Bohort descubren la nave maravillosa de Salomón y la Espada del Extraño Tahalí; conocen la historia del Árbol de la Vida...»; cap. 3). Habíamos descartado previamente, además, «la espada de los extraños tirantes» o «de las extrañas ataduras». Esta última solución, nada desdeñable por cierto, se recuperaba en el momento en que hubo que traducir (cap. 3, p. 117) *Le roi Evallach-Nascien découvre... la nef du roi Salomon. À l'intérieur de cette nef se trouve une épée aux étranges renges, c'est-à-dire au baudrier extraordinaire*; en este caso venía como anillo al dedo escribir: «En su interior se encuentra una espada de extraño tahalí, es decir, de extraordinarias ataduras.»

Centro Virtual Cervantes

De toda la variedad de castillos y fortalezas que tuvimos que asediar y vencer[7] el más peligroso resultó ser *le Château des Quatre Cornes, ou des Quatre Coins*. Evidentemente, de entre la interminable lista de posibilidades que ofrecían *cornes* («cuernos», «astas», «picos», «ángulos», «huesos», «cangrejos», «bocinas», «suelas de zapato», «cascos» y «cornamentas») y también de las de *coins* («esquinas», «picos», «rincones», «rabillos», «comisuras», «cuños», «sellos», «pedazos», «cuñas», «calzos», «troqueles», «cantoneras», «rinconeras», etc.), el contexto —muy oportuno como siempre— pedía a gritos una fuerte restricción. De entre todos los posibles dobletes, preferimos llamarlo el *Castillo de los Cuatro Ángulos o de las Cuatro Esquinas*. ¿Los motivos? El propio Jean Markale relaciona este nombre con el castillo citado en unos versos del manuscrito galés titulado *Libro de Taliesin*, versos que tradujimos también del francés y donde se dice: «En Kaer Pedryfan, ciudadela de las cuatro murallas». Por tanto, las opciones de picos o cuernos quedaban descartadas, puesto que lo que resaltaba era la disposición espacial en horizontal (de planta cuadrada o rectangular) y no en vertical.

Quedaban invariables, entonces, nombres de lugares o de castillos como los de *Corberic*, *Beaurepaire*, *Montesclaire*, *Monsalvage* o *Klingsor*. No obstante, otros topónimos requerían un tratamiento especial. La ciudad de *Cornouailles* (en inglés *Cornwall*) debe constar como «Cornualles», puesto que también la traduce al francés el autor del ensayo. No así *Gloucester* (la mítica *Kaer Lloyw*), que debe constar sin modificarse puesto que esa ciudad inglesa no tiene grafía española; en este caso hay que evitar la tentación de transformar en «Glucester» o «Glocester», como sería corriente si fuera francesa (por ejemplo: *Toulouse*... «Tolosa», *Roussillon*... «Rosellón»).

En lo que se refiere a los antropónimos unidos a un topónimo, en aras de su estricta localización geográfica, preferimos conservar la grafía original en la mayoría de los casos. Así ocurre con *Gerbert de Montreuil* (y no «Gerberto»), o con *Robert de Boron* (traducir «Roberto» hubiera implicado acentuar la aguda «Borón», o incluso duplicar la r con «Borrón»). Un caso distinto es el de «Giraud de Cambria», que preferimos al de *Cambrie* original, puesto que es el nombre latino del País de Gales y, además, cohabita en la misma línea de texto con «Aquitania». Especial tratamiento merece el autor *Gautier Map*, al que llamamos «Walter Map» por tratarse de un escritor latinizante de la Inglaterra del siglo XII; claro está que «Gualterio Map» hubiera resultado nefando. «Godofredo de Bouillon», sin embargo, perfectamente acuñado en nuestro léxico, quedaba justificado. De igual modo «San Corentino», obispo de Quimper (y no *Korentin* con <k>), si bien *San Congall* no debe perder su doble consonante final.

---

[7] He aquí el inventario: *Château du Graal*, «Castillo del Grial»; *Château Orgueilleux*, «Castillo Orgulloso»; *Château Tournoyant*, «Castillo Giratorio»; *Château des Merveilles*, «Castillo de las Maravillas»; *Château Merveilleux*, «Castillo Maravilloso»; *Château de la Merveille*, «Castillo de la Maravilla»; *Château Mortel*, «Castillo Mortal»; *Château du Cor*, «Castillo del Cuerno»; *de Partinal de la Tour Rouge*, «de Partinal de la Roja Torre»; *Château des Pucelles*, «Castillo de las Doncellas».

De entre los numerosos factores extralingüísticos y culturales que hubo que considerar en el resultado final de *El Grial* de Jean Markale, queremos destacar la aparición de un refrán: *Tel croit guiller Guillot que Guillot guille.* En su contexto, dentro del capítulo sobre el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach, el autor se pregunta por el origen de un supuesto transmisor de la tradición grialiana: Kyot el Provenzal. Dice el fragmento una vez traducido:

> No se excluye que sea una artimaña de Wolfram. Muchos fueron los autores de esa época que pretendieron contar, de una forma evidentemente auténtica, una historia presuntamente hallada en un autor anterior cuyo nombre citan. Y cuando ello no es verdad, se inventan el nombre, o bien usurpan una personalidad conocida... Ahora bien, en el caso de Kyot-Guiot, quizá se trate de una artimaña. Efectivamente, el nombre de Guiot y de Guillot se relaciona con la raíz «guille» (anglosajón *vile*, inglés *wile*), antigua palabra francesa hoy en día desaparecida que expresaba, a un tiempo, una idea de engaño y de necedad. Y en la literatura de los siglos XII y XIII hay numerosos ejemplos de juegos de palabras entre el término «guille» y los nombres de Guillaume y de sus diminutivos, como Guillot o Guiot. Podríamos citar aquí el famoso proverbio francés: *Tel croit guiller Guillot que Guillot guille.* (dic. Littré), que equivaldría en español a «ir por lana y volver trasquilado» (pp. 139-140).

El añadido de la frase explicativa final («que equivaldría en español a *ir por lana y volver trasquilado*») resulta imprescindible y, además, su discreción en nada empaña la naturaleza del texto base.

Llegados a este punto, conviene abordar el tema inicial de la traducción del propio título de la obra. ¿*Graal* o *Grial*? Enmendada «por exigencias del guión» nuestra propuesta inicial de *Graal* en beneficio de *Grial*, había que proceder a la revisión total del texto traducido, puesto que un uso demasiado ligero de la función informática «reemplazar por» podía desvirtuar algunas frases en un contexto específico. En efecto, en la página 7 del original se leía: *dans le texte de Chrétien de Troyes, le graal est un nom commun.* Lo que seguía obligaba a completar con un discreto paréntesis (mil veces preferible a la anatematizada nota del traductor): «en el texto de Chrétien de Troyes, el grial (graal en el original) es un nombre común. Por otra parte, el término no tiene en sí nada de misterioso: procede del latín *cratalis*, emparentado con el griego *krater*, a través del intermediario *cratale* en lengua de oc, que se ha convertido en occitano moderno en *grazala*, recipiente, lebrillo».

Otro argumento a favor de la inclusión entre paréntesis del término *graal* lo encontramos en el capítulo 3 del ensayo, donde se lee ya en español: «Y ese festín tiene lugar cada día, haciendo que todos los invitados se alimenten material y espiritualmente según sus deseos y capacidades. Robert de Boron lo denomina el *Servicio del Grial*, puesto que, a partir de ese momento, el *vaissel* santo recibe el nombre de Grial (Graal), *porque agrada a todos los que lo ven* (v. 2659). La etimología se corresponde muy bien con los gustos de la época.». Sin la presencia del paréntesis *(Graal)* el lector hubiera perdido la oportunidad de relacionar la explicación etimológica del autor.

El tratamiento que merece el «grial» como objeto es muy variado en el texto. El hecho de que el autor estudie todas las continuaciones de la obra de Chrétien de Troyes, obliga a dar un repaso a todas y a cada una de las formas de lo que llegará

Centro Virtual Cervantes

a ser por tradición secular el cáliz sagrado o Santo Cáliz. En un principio objeto misterioso que no es descrito, seguramente el caldero céltico de la abundancia, se va transformando y cristianizando con el paso del tiempo en la escudilla de la Santa Cena, en una vasija o en un copón que contiene la hostia sagrada y en un cáliz que contiene la sangre de Cristo. A fin de cuentas, se trata de un recipiente o vaso santo (y así viene tratado en el texto de Jean Markale) que no obliga a detener demasiado el proceso traductor hasta que aparece con la forma entrecomillada de *vaissel*. Al referirse el autor a su forma antigua, es evidente que hay que conservarla intacta, sin menoscabo de que pueda corresponder sincrónicamente a otra forma castellana pero que —en ningún momento— podemos utilizar. Ahora bien, en un párrafo determinado, Markale cita literalmente del *Roman du Graal* (ed. 10/18, París, 1981, p. 66) donde se lee: *il s'arrêtera pour attendre le fils d'Alain, et ne pourra aller de vie à mort avant qu'il ait celui qui le message lira et enseignera et dira la force de ton vaissel* (p. 107). En este caso no podemos dejar de traducir *vaissel* en un registro de lengua con forma neutra que no se aleje de lo que —durante todo el ensayo— ha venido llamándose vaso o vaso santo: «se detendrá para esperar al hijo de Alain, y no podrá pasar de la vida a la muerte antes de hallar a quien leerá el mensaje y enseñará y proclamará la fuerza de tu vaso».

Por último, queremos acabar resaltando la importancia de la labor de documentación como factor capital a la hora de concluir una obra traducida, conscientes y convencidos de que el mayor halago que puede recibir el traductor es que su presencia pase tan desapercibida que a los ojos de un lector de cualquier profesión «parezca» escrita directamente en español. La lástima es que la «óptica» del lector-traductor, en su adicción a la lectura de obras traducidas, quede inevitablemente viciada por su quehacer cotidiano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

MARKALE, Jean: *Le Graal*, París, Retz-poche, 1989.

MICHA, Alexandre: *La tradition manuscrite des romans de Chrétien de Troyes*, Ginebra, Droz, 1966.

RIQUER, Martín de (ed.): *Chrétien de Troyes: Li contes del graal. El cuento del grial*, Barcelona, El Festín de Esopo, 1985.

RIQUER, Martín de e Isabel de RIQUER: *El Cuento del Grial de Chrétien de Troyes y sus continuaciones*, Madrid, Siruela, 1989.

RIQUER, Martín de y José María VALVERDE: *Historia de la Literatura universal*, vol. 3, Barcelona, Planeta, 1985.

CHRÉTIEN DE TROYES, *Demanda del Santo Graal*, (trad. Carlos Alvar) Madrid, Nacional, 1980.

— *La muerte del rey Arturo*, (trad. Carlos Alvar) Madrid, Alianza, 1980.

— *Erec et Enide*, (trad. Carlos Alvar, Victoria Cirlot y Antonio Rosell) Madrid, Nacional, 1982.

— *Lanzarote del Lago*, (trad. Carlos García Gual y Luis Alberto Cuenca) Madrid, Labor, 1976.

— *El caballero del león*, (trad. Marie-José Lemarchand) Madrid, Siruela, 1986.

— *El caballero del león*, (trad. Isabel de Riquer) Barcelona, El Festín de Esopo, 1985.

— *Perceval o el cuento del Grial*, (ed. y trad. Martín de Riquer) Madrid, Espasa Calpe, 1992.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. María Dolores BURDEUS PÉREZ, Joan Manuel VERDEGAL CEREZO. Tradu...

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes